

Sobre el Maestro (*De magistro*)

AGUSTÍN DE HIPONA

EDICIÓN BILINGÜE. RODOLFO FAZIO, JAZMÍN FERREIRO Y PATRICIO GONZÁLEZ SIDDERS (trad. y notas); Jazmín Ferreiro (introd.) (2020)

Bs. As.: UNIPE. Editorial Universitaria (Mihi quaestio factus sum / 2)
155 pp. ISBN 978-987-3805-53-0.



Francisco Bertelloni

Universidad de Buenos Aires / CONICET, Argentina

Alguna vez, una acertada caracterización de este tratado agustiniano, *De magistro*, lo describió como un libro “para todos los gustos”. Creo que esta fue la gran pericia de Agustín de Hipona en casi todos sus tratados. Pues, aunque si bien es verdad que el Santo africano siempre escribía para expresar sus propias ideas, al mismo tiempo sus escritos lograban incorporar, con gran habilidad, los intereses intelectuales de todos sus lectores. Es el caso, precisamente, de este texto. Quizá podría objetarse que en este tratado, escrito en forma de diálogo con su hijo, Adeodato, su autor no alcanza a satisfacer plenamente las preguntas y las inquietudes de *todas* las posiciones filosóficas. Sin embargo, Agustín logra –y lo hace holgadamente– que cada posición y cada lector se perciban, de alguna manera, representados en el texto o que, por lo menos, allí se sientan parcialmente reconocidos.

Mi breve reseña de la nueva traducción española de esta obra relativamente juvenil y, por ello casi precoz, escrita entre 389 y 390 en Tagaste, África, estimula a recordar viejas lecturas, mueve a rememorar numerosas exégesis ya clásicas del texto y hasta obliga a volver a leer libros y comentarios ya consagrados como clásicos de la literatura agustiniana, todos ellos hoy irreversibles y, de algún modo, integrantes de la biografía intelectual de todo *amateur* de la filosofía medieval interesado en la vida, en las doctrinas y en la repercusión del pensamiento del Hiponense en Occidente. Los trabajos de Henri-Irénée Marrou y los más recientes de Peter Brown, entre otros, recuperados aquí en la erudita y extensa *Introducción* al texto son, quizá, los análisis más brillantes y profundos que, ahora, son retomados en la síntesis propedéutica realizada por J. Ferreiro de la vida intelectual de Agustín y de esa extensa tradición de lectura y de hermenéutica sobre los escritos agustinianos.

En efecto, en esa *Introducción*, y a lo largo de treinta eruditas y bien concentradas páginas, Ferreiro pone de manifiesto varios temas, todos imposibles de reconstruir aquí. Tres de ellos son, en mi opinión, los más relevantes y, por tanto, los más destacables.

En primer lugar, muestra que la tarea intelectual de Agustín fue recoger la tradición clásica y lanzarla hacia el Medioevo. De ese modo cumplía con su indiscutible función de gran maestro de la Edad Media, por lo menos hasta el siglo XIII, cuando en el mundo medieval la figura intelectual de Agustín comienza a coexistir con la autoridad de otros autores, y cuando algunas de sus posiciones comienzan a ser discutidas a la luz de las nuevas ideas que pretenden competir con las suyas. Para resumir el problema podemos citar palabras de Ferreiro: “Agustín se reconoce heredero de la tradición clásica y entiende la necesidad de asimilar muchos de los elementos de esa tradición [...]. Por eso *Sobre el maestro* es una obra al servicio de la transmisión [pero al mismo tiempo] hay algo que debe conservarse, que no debe morir con la Roma pagana, *pero tiene que transformarse*, traducirse para servir a una formación cristiana” (p. 24).

En segundo lugar, muestra que esta suerte de doble dimensión del pensamiento y de la obra de Agustín se verifica, de manera casi icónica, en el *De magistro*, tratado en el que, sobre todo dos doctrinas agustinianas, la del lenguaje y la de la iluminación referida al problema gnoseológico, reiteran dos problemas que han logrado consolidarse a lo largo de la historia de la filosofía como dos temas ineludibles del repertorio filosófico clásico. Quizá por ese motivo este tratado ha merecido, a lo largo de la historia de la crítica, una copiosa literatura exegética de la cual una parte mayormente interesada en las dimensiones teóricas del Agustín filósofo estuvo orientada a estudiar esta obra concentrándose en la teoría del lenguaje y de los signos, y otra parte, más interesada en el Agustín teólogo, se ha focalizado, principalmente, en el estudio de las doctrinas de la iluminación y del “maestro interior”, doctrinas ambas que, en el *De magistro*, no son fácilmente conciliables, si bien, como lo veremos de inmediato, Ferreiro procurará unificar y conciliar.

Un intento de respuesta a la pregunta acerca de la posibilidad de unificar esos dos temas clásicos de la historia de la filosofía presentes en el diálogo es el tercer

aspecto sobre el que insiste la *Introducción* y donde puede identificarse la especificidad del *De magistro* en la lectura que ofrece Ferreiro. ¿Cómo pueden unificarse ambos temas que parecen tan diversos? En su esfuerzo por facilitar al lector una línea de lectura del diálogo y una neutralización de la aparente distancia entre ambos temas, su respuesta permite percibir que la originalidad del diálogo consistiría en la superación de la aparente dicotomía entre teoría del lenguaje, por una parte, y gnoseología del maestro interior, por otra. Esa superación residiría en el deslizamiento de Agustín hacia un proyecto de articulación de ambos temas. En efecto, aunque rigurosamente formado en la elocuencia de los clásicos latinos, el Hiponense procura revincular esa elocuencia “formal” que plasmó su primera actividad intelectual con el propósito de colocarla al servicio de la enseñanza de la verdad. Así, de la consideración técnico-semántica de la palabra como signo, Agustín se deslizaría hacia la cosa significada, procurando insistir más en el conocimiento de las cosas que en el de sus signos y presentando ese conocimiento como operación de “mostrar” o “dar a conocer”, pues los signos existen para dar a conocer las cosas, por lo cual otorga más relevancia al conocimiento de las cosas que al de los signos. Más aún, Agustín radicaliza el problema e invierte la tesis tradicional para llegar a afirmar que no solo no se aprende mediante los signos de las cosas, sino que esos signos son conocidos, solamente, cuando se conoce la cosa significada, pues el conocimiento de los signos supone el conocimiento de las cosas, y no a la inversa.

En favor de la perenne vigencia de los temas tratados por Agustín podemos recordar, por un lado, que,

en lo que concierne al lenguaje, la filosofía en el mundo clásico y medieval se ha ocupado desde siempre del problema. Desde Platón en el *Cratilo* –“Si (como afirma el griego en el *Cratilo*) el nombre es arquetipo de la cosa”, Borges–, Agustín en *De magistro*, Pedro Abelardo y en especial Guillermo de Ockham en casi todos sus escritos filosóficos. Y más recientemente Kuno Fischer, uno de los precursores del neokantismo, enunció en *Francis Bacon und seine Nachfolger* (Leipzig, 1875) una provocativa sentencia acerca de la relación entre palabras y cosas: “Las palabras son [...] la moneda corriente mediante la cual recibimos [...] en el comercio social, las representaciones de las cosas; (pero) como el oro en el comercio, no constituyen el valor objetivo, natural de las cosas, sino su valor convencional, producido por las relaciones de intercambio humano” (p. 165). Y por otro lado, en lo que concierne a la doctrina del maestro interior, parece suficiente decir que el giro *ad intra*, implícito en el *ad te redi* de Sermones 256, constituye, sin duda, uno de los tópicos más insistentes y preferidos del idealismo filosófico de todos los tiempos. Agustín ha reunificado ambos temas en una síntesis original.

A los méritos de esta nueva y prolija versión española debe agregarse el del trabajo editorial, que ha logrado presentar un volumen con el texto latino enfrentado, lo que facilita al lector un mejor y más cuidadoso seguimiento de su lectura. Y por último: ella ha sido dedicada a nuestro querido colega Antonio Tursi, destacado medievalista y latinista fallecido hace poco, entusiasta estudioso, buen conocedor de este texto, e incansable lector de las obras del Hiponense.